



ESCLAVA Y REINA

XXVIII

PODRÁN los hombres tener quejas de los reyes de la tierra, pero siendo la Inmaculada Reina quien gobierna no hay motivo, ni siquiera aparente, que justifique el deseo de no ser subdito de Ella.

Todo intento para no someterse gustosísimo a su imperio arguye locura, ligereza o iniquidad. ¡Bien merecían los que insensatamente se apartan del cetro de María, que Ella los abandonara en su necio proceder!

Pero tiene corazón nobilísimo, es más Madre que Reina y procura atraerse con amor a los mismos que no la quieren, y tal vez la odian levantando rebeliones contra su prudentísima y misericordiosa autoridad. Ella no quiere de ninguna manera que se cumpla aquella sentencia de San Bernardo (sermón sobre missus est) «qui a te aversus, necesse est quod pereat», el que se aparta de tí necesariamente perece, y hace cuanto puede para que nadie se separe de su regazo maternal.

Tan lejos está la Santísima Virgen de pagar con su abandono y olvido a quien de Ella se aparta, que, acuciado su corazón por el deseo de ser amada, a medida que menos es amada, y de llevar a su redil y a sus brazos a los que